

**flor
de hadas
en el
bolsillo**



Para Ana, las Cinco Rosas



Preludio

Despertar es crear la existencia. La que deseas, o a la que temes llegar tras un mal sueño, o la que el azar te prepara si te sientes indiferente ese día.

¡Oh, no! No puedes crear nada si no te esfuerzas. El azar no es el único que va a tratar de moldear las cosas al margen de tus deseos: la misma existencia, cuya sustancia íntima nadie conoce, tiene sus propias intenciones y, cuando te crees tan importante como para pretender jugar algún papel, trata de resistirse, o sabotearse, o desviarte, o hacerte cambiar de opinión.

Ahora mismo, en ese afuera sin moldear que va a rodearme en cuanto me despierte, burbujan sonidos de pájaros y roces vegetales que me arrullan para que no me haga caso, como en una filmación antigua. Quieren convencerme de que sólo están esos pájaros y esas plantas, de que aparecerá la luz del amanecer, de que sólo ese tipo de cosas que la gente de todos los tiempos ha conocido y aceptado y esperado con naturalidad son las que soy capaz de situar ahí fuera. De que no soy capaz de situar nada, en

realidad; sólo de abrir los ojos y mirar lo que ya había antes de que me creyera tan poderoso.

Y es tan cómodo...

¡Pero no estoy dispuesto!

Lo que me incita a tomar las riendas de forma tan determinante no lo conozco: no recuerdo qué he soñado, ni siquiera dónde estoy ni cuándo he de despertar. Sólo sé que necesito moldear y que no voy a permitir que me roben esa prerrogativa.

Pero ¿y si ese deseo ha sido implantado por la existencia para hacerme creer que soy yo el que la quiere de esa forma?

¡No! ¡De ninguna manera!

Me revuelvo y decido crear la cosa más absurda posible que se me ocurre: cuando despierte, habré viajado desde otro tiempo.

En este estado en el que floto, en el que la materia aún no tiene forma, la energía está tan dispersa como la voluntad y yo pretendo ser el creador de lo que va a venir a continuación, en estas circunstancias de algodón es perfectamente factible que venga de otra época, sí. Igualmente podría escoger entre ser un extraterrestre, tener que hacer visera con la mano para evitar la molestia de una explosión nuclear cercana o dar con la solución de un problema matemático centenario por simple intuición.

Me siento con el poder de un dios.

Así que lo decido: vengo de otra época.

Un grumo de luz divaga por los rincones abandonados de mi consciencia. Me convence con caricias, caprichosamente, de que el tiempo desde el que viajé no puede ser anterior al que voy a despertar, el que mis ojos verán cuando terminen de zafarse de la red de mis pestañas. El tiempo del que he venido ha de ser un futuro lejano.

Más grumos. Pensamientos vagos se van agrupando para hacer fuerza contra los párpados y aliarse con las demás entidades que andan enfadadas por mi interferencia. Tratan de limitar mi libertad; los siento apoderarse de los huesos que no siento. Quieren hacerme abandonar. He de concretar antes de que la libertad sea poca y los huesos demasiados.

¡Está bien! Concretemos las cosas.

Cuando despierte habré venido desde un tiempo futuro y, en ese tiempo, habré iniciado mi viaje en un lugar gigantesco y de forma perfectamente regular; excesivamente real, podríamos decir.

Tuve que permanecer encerrado en ese lugar. Oh, sí, me viene a la cabeza la palabra *nomorfa*, un material que nunca supe realmente qué era.

El lugar construido de *nomorfa* era (será) suficientemente grande como para albergar en su interior toda una ciudad llena de máquinas, ruido y calor.

Estoy venciendo: a los grumos de luz que revolotean dentro de mi cabeza les gusta la *nomorfa*; adquieren aristas y se hacen más pesados, buscando apoyos sólidos alrededor de esa idea. Toman forma de máquinas, ruido y calor.

La ciudad de *nomorfa* es lo único existente en mi época de procedencia. Más allá de su bloque negro sólo hay un erial infinito que se pierde hasta donde alcanza la vista en todas direcciones, imposible sobrevivir en él. Pero de alguna manera sirve de soporte a esa existencia entera, a la ciudad y a todo lo que ésta contiene.

Mi tiempo natal es, por tanto, muy simple: sólo existe una realidad, la del erial y la ciudad de *nomorfa* solitaria. Es la *Realidad*, con mayúscula.

La misma a la que voy a despertar, sólo que mil años antes.

La ciudad de *nomorfa*, mil años después de que despierte, estará gobernada por máquinas porque ella misma lo es. No habrá creatividad en sus procesos, ni objetivo implantado en sus mecanismos que no sea mantenerse en funcionamiento. En su interior hormiguará una multitud de artesanos vestidos de morado que se ocupará de las reparaciones imprevistas y de esas muchas otras cosas que un marmífero suele realizar bien. Subirán a menudo a su inmensa azotea por medio de tubos automáticos, andarán por la superficie siguiendo rutas óptimamente trazadas y terminarán siendo engullidos por otros tubos más allá. Es decir, la azotea es sólo un medio para llegar de unos sitios a otros en el interior. Vista desde cierta distancia, la ciudad se asemeja definitivamente a un hormiguero.

Voy despidiéndome del algodón de arrullos y (sin quererlo todavía) me precipito a empalarme en la reja de luz que hay fuera. La existencia ha decidido que, si me creo lo suficientemente fuerte como para crearla hoy, me va a obligar a terminar mi trabajo ya.

Pero, de nuevo, me resisto. Enhebro más hilos de pensamiento, que trato de dotar de sentido en cuanto aparecen, con lentitud y parsimonia, porque me dolería perder alguno importante.

En mi juventud dentro de la ciudad de nomorfa era un estudiante. Me dedicaba al cuidado y clasificación de los conocimientos acumulados acerca de lo que había sido la humanidad. Conocimientos de milenios, de cómo se comportaban las gentes antiguas (vosotros, los habitantes de la época a la que voy a despertar), de cómo era el planeta antes (más azul, menos marrón) y de cómo nos fuimos dejando reducidos a la mínima esencia necesaria capaz de mantener esos mecanismos. Estudié antiquísimas imágenes que se guardaban encapsuladas, sonidos grabados en pequeñas piedras grises, textos cuidadosamente cristalizados en miles, millones de volúmenes moleculares. Aprendí mucho sobre vuestro presente, del que habíamos heredado todo, mientras cuidaba de toda esa información para las máquinas. Curiosamente, nunca me contaron para qué querían que la memoria de lo que fue una vez la humanidad, algo que a ellas no les interesaba seguramente lo más mínimo, no se perdiera.

Deseo ser capaz de recordar el momento en que desperté de tanta ingenuidad y empecé a preguntarme por qué no era yo un artesano más de los que subían y bajaban por los tubos automáticos de la ciudad, o de los que engrasaban pistones o alineaban engranajes o sustituían cables quemados. No se me terminan de construir esas memorias, pero la duda tuvo que crecer dentro de mí, estoy seguro, hasta formar una entidad palpante y viva.

Fabrico esa sensación por mi cuenta y la dejo flotando para que busque su sitio entre la red de pensamientos: desperté de mi ingenuidad, es un hecho, y traté de superar mi ignorancia.

Estuve muchos años buscando una respuesta a la cuestión, pero no hay en aquel lugar ninguna manera de encontrarla, puesto que no hay más que una realidad posible: *Realidad*. La misma que la vuestra pero infinitamente más simplificada, algo que el tiempo es experto en producir si el ser humano hace dejación de funciones mientras aquél transcurre.

Exploré las imágenes y sonidos y letras ancestrales que se guardaban en las tripas de la nomorfa; traté de aprender cómo finalmente se habían podido reducir todas las alternativas a la realidad antigua (o, dicho con los mismos términos, *Irrealidad*, con mayúscula) que seguro que existieron, es decir, todo lo que los humanos imaginaron alguna vez y que las máquinas no podrían imaginar

nunca, a una caja sólida de metal y energía. Por qué los humanos de ahora las dejasteis. Cómo vosotros, mis antepasados, lo habíais hecho (lo haréis) para quedar simplificados a la condición de insectos útiles en un hormiguero negro con forma de prisma en el que sólo uno, yo, tendrá alguna vez la oportunidad de examinar vuestro pasado al microscopio.

En algún momento me tuve que dar cuenta de que me faltaban datos: ¿dónde se hallaban las últimas trazas de Irrealidad? ¿En qué tiempo pasado fue la última vez que una persona imaginó algo totalmente inexistente pero que tenía sentido para un homo sapiens? La ciudad era todo lo contrario a eso. Busqué más. Repasé las secuencias que había visto ya infinidad de veces por si se me escapaba el dato que diera respuesta a mi ansiedad. Estuve un número indeterminado de años así (es, será, difícil medir el tiempo en la ciudad de nomorfa), hasta que llegué a una conclusión.

¡Ajá!

Llegué a la conclusión de que sólo podría superar mi frustración viajando a este *ahora* que para mi yo del futuro era un pasado muy lejano, de fábula.

Cuando comprendí eso, la frustración fue sustituida de inmediato por la excitación, la ilusión y la esperanza, emociones que me dio miedo sentir dentro de una ciudad tan simple y rodeado de máquinas, pero que ahora están acelerando mi salida de la duermevela como la inflación del universo aceleró las galaxias hace más de diez mil millones de años.

Todavía no. Aguanto un poco más.

Fui capaz de mantener el secreto dentro de mí mientras construía el dispositivo para viajar en el tiempo.

El dispositivo no es nada que vosotros podáis identificar como tal, porque entonces correría un gran peligro al despertar y seguramente haríais cosas terribles conmigo. Tampoco es algo que pudiera ser identificado como tal por los mecanismos que controlaban la ciudad de nomorfa, por motivos parecidos. Por otra parte, yo no dominaba la ingeniería de esa época ni, por supuesto, la de ninguna época anterior.

Lo que usé para venir fue un simple jardín alrededor de una casa de estilo victoriano.

Levanté ambos, el jardín y la casa, en las cercanías del gigantesco bloque de nomorfa, de manera que cuando el primero tuvo sus pájaros

y la segunda una familia (esposa e hijos que me habían sido asignados no sé muy bien cómo ni cuándo dentro de la ciudad) y conseguí que todos los detalles coincidieran lo mejor posible con una de las épocas que había estado estudiando durante tantos años, mastiqué una sustancia estupefaciente que vosotros podríais analizar con instrumental de alta precisión pero sin ningún éxito y que en este despertar llamaré simplemente *flor de hadas* y escapé hasta vuestro presente.

Encontrándome al llegar justo al salir de este duermevela. Quizás no exactamente en la época que pensé, pero definitivamente en mi pasado remoto.

En este jardín.

Bajo el arrullo de estos pájaros y la caricia de esta luz.

Sí. Ahora creo que ya está todo preparado.

En cuanto me despierte del todo saltaré a devorar vuestra realidad llena de irrealidades que en mi tiempo ya no existen. Empezaré por lo cotidiano, donde pocos de vosotros miráis ya (si supierais a dónde lleva esa actitud...). He venido del futuro a absorberlo todo, así que me maravillaré exageradamente de las cosas más insignificantes como sólo puede hacerlo uno cuando comienza a descubrir lo nuevo.

Estoy seguro de que en vuestra era la materia de que está hecha la existencia (tangibile o intangible) es, desde luego, moldeable, casi como los sueños, y no rígida y negra y caliente como en la ciudad de las máquinas. Y, aunque os sorprenda, me empeñaré en ser diferente de vosotros durante todo el tiempo que pueda: así no tendré que vivir dentro de un solo mundo o de una sola realidad, como la mayoría de vosotros ya habéis aceptado en vuestro camino hacia el erial.

La luz me obliga a parpadear. Muevo los músculos.

Al mismo ritmo, el coraje tiembla dentro de mí.

Temo que he sido presa del entusiasmo. En pocos días se me comenzarán a desvanecer estas memorias del futuro. La sustancia masticada que me trajo aquí se convertirá en una masa marrón y rugosa de la que me olvidaré, perdiéndola entre los pliegues de cualquier bolsillo. Al fin, quizás la existencia es la que ha estado jugando conmigo todo este rato para hacerme creer que puedo decidir algo.

¡Maldita sea! Si mis temores son ciertos, a medida que aprenda de vosotros mi mente estará realizando el trabajo involuntario de llegar a convertirme en uno más. Será inevitable, pues soy persona. Si consigo sobrevivir en vuestro tiempo con esa falla en mi

plan, en algún momento dejaré de ser capaz de acceder a las puertas de Irrealidad que haya encontrado.

La existencia quiere demostrar que no soy nada, que todos mis intentos son un callejón de salida. Que no hay solución a la inecuación. Que me rinda.

(Río).

Mirad: he traído varios cuadernos. Están recubiertos de materiales especiales, resistentes tanto a las intenciones profundas del universo (sean cuales sean) como a los envites del azar. Los usaré para dibujar el lenguaje de esta nueva vida. Incluiré en ellos, desde el principio, anotaciones sobre la exuberancia de vuestro mundo, quizás con algún conocimiento adquirido en las bibliotecas de nomorfa del mío mientras lo recuerde; las naturales discordancias entre ambos producirán en mi mente deliciosas conexiones al borde de lo racional, entre Realidad e Irrealidad, y dibujarán de forma indeleble las puertas que he de encontrar para cruzar entre las distintas burbujas de esta espuma de existencia. Incansablemente anotaré la presencia de cada una de esas puertas y la forma de distinguir las, y si es aconsejable usarlas o no.

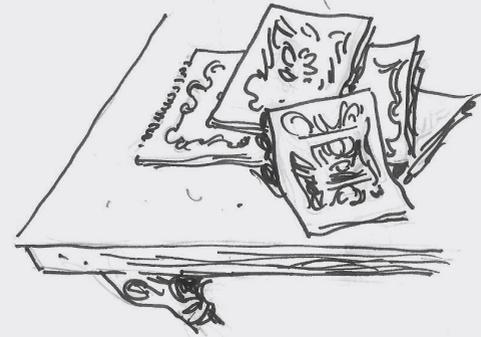
Así conseguiré averiguar, en esta misión que me trae del futuro, cómo y por qué se cerraron todas.

La excitación me desborda otra vez. Casi duele. Ya me queda poco más que hacer.

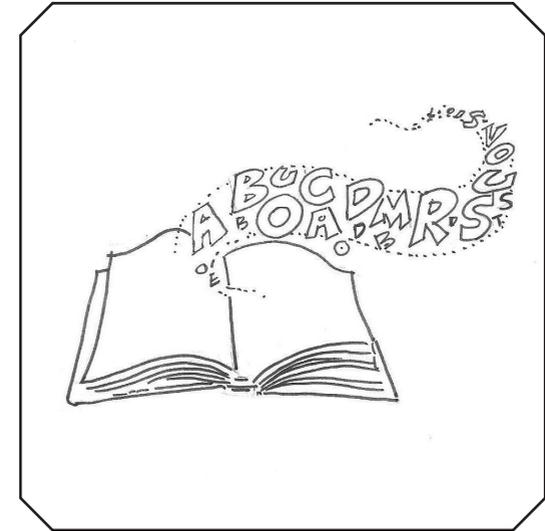
Los últimos flecos de ensoñación se repliegan asustados por la entrada definitiva de la vigilia. La idea de la ciudad de las máquinas se desvanece, y los artesanos subiendo y bajando por los tubos en aquella azotea inmensa ya no se mueven sino como borrones en mi cabeza.

No me importa. Acaricio las superficies rugosas de los cuadernos. Me aferro a esa dureza para convencerme de que aún estoy al mando. De que, aunque este viaje tenga una fecha programada de regreso, no tiene por qué ser en vano, como tantas otras veces en que seguramente desperté, antes de ésta, sin la fuerza suficiente para vencer al azar, a mi desidia y a la existencia misma.

En cuanto me despierte empezaré a escribir.



Extractos de los cuadernos
de tapas de plata, azabache,
zafiro y ámbar



El perfume de las palabras

Esta anotación la escribo no mucho después de llegar. Aún me estoy acostumbrando a vuestra realidad y sólo soy capaz de merodear por ella sin intervenir demasiado, por miedo y prudencia a partes iguales. He conseguido libros en algunas tímidas incursiones, casi de incógnito, que ahora dan color a las estanterías de mi casa victoriana.

Lo primero que he descubierto (como ya imaginaba) es que en vuestro tiempo incluso las cosas más simples esconden llaves a lo que busco; sólo hay que prestar atención, y no necesito salir de casa necesariamente para eso.

Por ejemplo: una manera de entrar en la infinitud de mundos que se mezclan en el vuestro, y que no percibís, y que llamo *Irrealidad*, es aspirar el olor de las palabras. Tomar un libro entre las manos, de los que creísteis que iban a ser erradicados en favor de luz y cristal y plástico, pero que están tan irremediabilmente ligados a vuestras percepciones, a vuestros movimientos y caricias, a vuestra forma de entender lo escrito sin necesidad de otra fuente de

energía, que se resisten a ser exterminados como una especie más de vuestra biosfera.

Debe ser preferiblemente de tacto rugoso y letra clara y redonda, quizás amarilleado por el tiempo, y, si es posible, de tapas contundentes: que sean capaces de contener tanto el resplandor de una historia que robe el aliento como sus sutiles matices de guiños, adornos y personalidades.

Cuando uno toma un libro así y lo abre, debe hacerlo a la distancia justa para que su aroma (que siempre emana lento y tímido) pueda alcanzarlo suavemente, pero al mismo tiempo debe prever que no lo dejará escapar después. El paso de cada página debe hacerse de tal manera que la curva que forme la hoja sea la mínima necesaria para producir su lento crujido y al mismo tiempo esparcir lejos el perfume que hemos aspirado con el fin de que el olor del siguiente capítulo nos sorprenda de nuevo. No menos importante es ir desgranando las frases y los párrafos con suficiente tranquilidad.

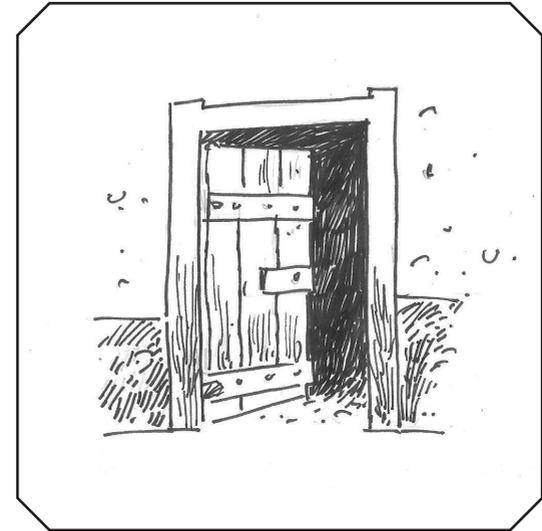
Todo esto, por supuesto, debe realizarse en absoluto silencio (he ahí uno de los muchos motivos por los que cada vez os es más difícil constatar la existencia de las irrealidades que os rodean: odiáis el silencio).

Si se siguen estas reglas sencillas, aunque para vosotros exigentes, hay grandes posibilidades de que, una vez destilado el perfume de las palabras y bien embriagados de esa sustancia invisible, la vista se relaje sobre las filigranas oscuras y éstas comiencen un leve movimiento. Y así, ese movimiento se convertirá en una grácil danza, y conforme nuestra mirada se pose en los renglones sucesivos las frases que dejemos detrás se combarán y formarán ondas suavísimas al ritmo del argumento y de la fábula, que se habrán vuelto juguetones con nuestra memoria y entre sí. El efecto es delicado, pues la más mínima vuelta atrás de nuestros ojos para confirmar cualquier detalle puede hacer que desaparezca.

Con cierta experiencia en este ejercicio y unas generosas fosas nasales puede llegarse a ver una profusión de arabescos vivos inundando la página, un exceso de urdimbres en las tramas de los márgenes, incluso un intercambio casi sexual entre palabras, de modo que unas serán sustituidas por otras que no habían estado allí antes; como si la historia pugnara por crecer y escaparse, como si la impresión original hubiera tallado un palimpsesto incompleto, como si, en

definitiva, la literatura procreara y tuviera descendencia delante de nosotros para completarse.

He podido constatar que si este efecto llega a hacerse demasiado intenso podemos correr ciertos peligros. En ese caso será conveniente cerrar el libro inmediatamente asestando un fuerte golpe sobre las tapas, dejar que éstas hagan su trabajo de prudente contención y relajarse en el sillón mientras todos los aromas se disuelven.



Los que viven detrás

Al contrario que en la ciudad de nomorfa y su erial eterno, hay muchos mundos en vuestro presente que nadie ve, o que han sido olvidados, o que a nadie importan. Esos mundos están repletos de seres híbridos de sustancia e imaginación. No sé si seré capaz de reflejar en estos cuadernos todo lo necesario sobre ellos antes de que tenga que regresar. Los días pasan y llevo tan poco anotado...

Las primeras irrealidades que se me están haciendo evidentes son precisamente las que parece que ninguno de vosotros puede ver ya (aunque queráis).

Si mirarais donde no lo hacéis os daríais cuenta de que existen seres que viven detrás de mi mirada, detrás de la tuya, de todas; donde se intersecan los puntos ciegos, donde la visión de los vivos no cubre la realidad, ellos existen y se desenvuelven.

Es un mundo cambiante el de los que viven detrás. Nada permanece mucho tiempo ni con el mismo tamaño. Cuando vuelves la cabeza lo destruyes, pero reaparece en tu nuevo detrás. Donde la gente

se acumula no pueden quedarse, pues la gente mira y mira y no deja de mirar las cosas, aunque no vea.

La interacción de los que viven detrás con este mundo es levisísima. Sólo he conseguido averiguar algo sobre la Batalla de Sutil Influencia, que ganaron hace mucho, mucho tiempo, cuando nuestros comunes antepasados apenas aprendían a erguirse, y por la cual comenzamos a ocultarnos en cuevas y a construir casas y a levantar muros y paredes y a poner puertas y ventanas translúcidas. Aunque fue para protegernos, también lo hicimos porque perdimos la batalla: compartimentamos la realidad para no mirar más allá de algunos sitios. Consiguieron, así, un respiro.

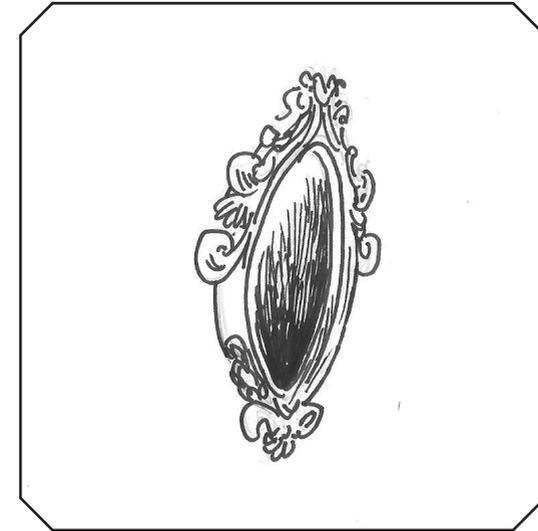
Los que viven detrás se quedaron en los callejones, en los rincones de los muebles, en las oscuridades bajo mesas y sillones. En las espaldas cuando nadie las acaricia. Son amigos de las sombras, compañeros inseparables de la falta de luz e inspiradores de los miedos súbitos que nos asaltan cuando, yendo a acostarnos, apagamos las luces en cuidadosa secuencia, temerosos de esa impresión de que alguien nos está siguiendo.

Cada vez que retiráis la mirada de un lugar; cada instante que cerráis los párpados; cada rato que pasáis sin examinar lo que hay bajo la cama, detrás de la puerta, o en aquella casa abandonada que ya nadie visita... Comprended que es una eternidad en la que ellos pueden sobrevivir.

Su tiempo está hecho de retales del vuestro.

Los que viven detrás son lo que queda de esto que aquí llamáis *realidad* cuando nadie mira; lo que sigue existiendo cuando ningún ojo se cierne sobre el bosque; lo que pone en jaque a la mecánica cuántica. Ellos habitan un mundo pequeño o grande, según se mire...

... o no.



Lo que oculta un reflejo

Me ha llevado semanas recoger datos empíricos que confirmen la teoría de que este mundo vuestro son muchos mundos entrelazados, de los que a menudo os olvidáis y que yo llamo *Irrealidad*, y de que tiene una historia muy, muy antigua, mucho más de lo que creéis. Habéis ido desterrando gran parte de ella, aún no sé muy bien la razón (eso encierra la clave de por qué allá de donde vengo sólo existe una realidad más reseca y simple).

Quizás olvidasteis todos esos mundos por miedo.

Afortunadamente, aún quedan señales dispersas, deshilachadas. Esas señales se pueden recolectar si se viaja con la suficiente ambigüedad en la mirada, y, con paciencia, alguna historia puede volver a ser urdida a partir de los fragmentos. La historia de los reflejos, que paso a anotar aquí, es una de ellas.

Hace mucho, mucho tiempo, había una puerta hacia *Irrealidad* que estaba cerrada. Era de tan leve sustancia, y, sobre todo, se hallaba tan bien oculta entre la foresta de *Realidad*, que nadie había conseguido encontrarla.

Tras la Batalla de Sutil Influencia que los que viven detrás libraron contra los habitantes de Realidad, los perdedores establecimos fronteras que impedían a nuestras libertinas y destructivas miradas posarse donde no debían. Aunque nuestros antepasados estaban acostumbrados a que hasta entonces sus ojos no hallaran sitios prohibidos, los miedos que les crecieron dentro hicieron que se replegaran tras rocas, paredes y techos. Eso acabó con la libertad del hombre (que ya no existe, ni en este mundo ni en la ciudad de nomorfa de la que provengo), pero tuvo también otros efectos perniciosos.

Uno de ellos fue que los muros crearon jerarquías, poderes, sumisiones y liderazgos.

Otro, de infinita mayor importancia para lo que nos ocupa, fue la invención del espejo.

Vuestras miradas no podían posarse en muchos lugares tras la Batalla, pero aún había uno que estaba inédito y que ansiabais: vosotros mismos. De ahí que buscáseis tranquilos manantiales donde contemplar vuestros egos, y, más tarde, pulieseis metales para admiraros (o maldeciros, ambas cosas os resultan terriblemente adictivas) al asomaros a ellos. Finalmente sustituisteis los toscos reflejos del agua o el metal por la perfección del cristal.

Ay, una vez inventado el espejo también crecieron los senderos hacia una puerta de Irrealidad que había permanecido oculta. De nada sirvieron las Malezas de Confusión que crecían en sus jambas, de nada las enredaderas cargadas de Frutos de Acertijos que colgaban del dintel de piedra, de nada que la luz de ningún sol hubiera coloreado nunca ese umbral. Infinitos caminos corrieron reptando entre las burbujas de la existencia hasta que todos los espejos quedaron conectados a esa puerta.

(Al principio, mientras empezaba a escribir esta anotación, y mal guiado por algunas historias que vendéis a los incautos, pensé que los espejos están conectados entre sí porque llevan al que llamáis *mundo feérico*; no es cierto).

Desde aquel momento la Puerta de los Espejos sigue en pie, aunque nadie puede localizarla ya en un solo lugar. En este mundo que me rodea ahora, cuando uno se mira en un espejo durante un buen rato, cuando lo contempla con tal intensidad que es capaz de olvidarse del reflejo que le devuelve, hay cierta probabilidad de que deje de surtir efecto el moverse a izquierda o derecha, el acercarse o alejarse,

y de que sea interesante pedirle a quien esté en la habitación contigua que pase por el otro lado de la pared para comprobar si se produce aunque sea un levísimo oscurecimiento en la superficie.

En ese momento quedamos atrapados. Y es tal el peligro que corremos que, si no vienen inmediatamente a apartarnos de allí, separarnos bien los párpados y acercarnos una vela hasta que se nos vuelvan a encoger las pupilas, ya nunca más saldremos de ese tremendo e inefable lugar. Pues lo que ocultaba el reflejo es el peor abismo al que nadie puede enfrentarse: no hay regreso una vez dado un paso más de lo debido.

Yo nunca he dado ese paso, y aquí terminará, por tanto, esta historia.

Ah. He descubierto también la razón por la que los reflejos pueden y dejan abierta esta ominosa puerta a Irrealidad: en vuestro mundo todo reflejo está hecho de engaños.